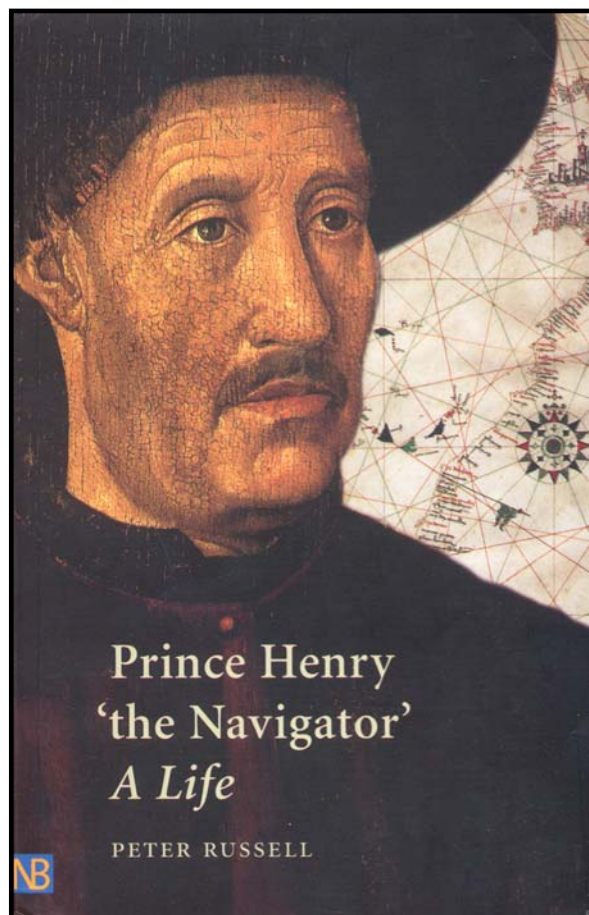


Russell, Peter. *Prince Henry 'the Navigator'. A Life*. Yale Nota Bene. New Haven and London: Yale University Press, 2001. pp. 448.  
ISBN: 0-300-09130-3

Reviewed by Antonio Cortijo Ocaña  
University of California Santa Barbara



Puede decirse que nos encontramos con el libro de una vida entera de Peter Russell. Y como nos tiene acostumbrados con sus otros trabajos (incluyendo sus *Prince Henry the Navigator*, London: The Hispanic and Luso-Brazilian Councils, 1960; *O Infante D. Henrique e as Ilhas Canarias*, Lisboa: ACL, 1979; y *Portugal, Spain and the African Atlantic: Chivalry and Crusade from John of Gaunt to Henry the Navigator*, Vermont: Variorum, 1995), éste es un ejemplo de bien hacer. El libro aborda ni más ni menos que la vida de Enrique el Navegante, el príncipe de Avis bajo cuyo patrocinio se dio inicio de modo organizado a los viajes de descubrimiento y comerciales de los portugueses por el litoral mauritano, Senegambia y Sierra Leona, prelude de sus descubrimientos ulteriores en India, Japón, China y Oceanía. En él se incorpora prácticamente todo el saber acumulado hasta la fecha sobre el tráfico atlántico de los portugueses, como demuestra la nutridísima bibliografía (que se denomina humildemente “selecta”) de las pp. 411-35 en apretada letra y tipo. También se incluyen unas acertadas imágenes, en especial las cartográficas, que ayudan en todo momento a seguir las reflexiones de Russell.

A Peter Russell le interesa demostrar y documentar hechos, para lo cual su libro se basa en información de primera mano y en el estudio reposado de los proverbiales *Monumenta Henricina*. En este sentido este libro no puede ser más detallado y exhaustivo. Pero además, a Russell le interesa no quedarse sólo en esto, sino acometer el estudio de la personalidad del Príncipe a partir de sus acciones y de los documentos ( eminentemente históricos) que las refieren. Lo que resulta es un estudio psicológico de Enrique y uno sociológico sobre el Portugal contemporáneo al mismo. Y ello se hace gracias a la percepción de historiador de Russell, sus dotes para saber bucear por los entresijos de los documentos de archivo y su enorme sabiduría sobre la época tardomedieval. Russell también discute muchas nociones preconcebidas y asumidas sobre Enrique, a expensas a veces de herir orgullos nacionales. Lo hace, sin embargo, con la pasión de estudioso y con un no disimulado respeto hacia la obra de su biografiado como

campeón de la exploración y el comercio o cuando menos como el responsable del inicio de una época histórica de expansión territorial y apertura comercial de fronteras.

Los 15 capítulos del libro van del nacimiento de Enrique a su muerte en 1460. En algo se excede el recorrido histórico del libro más allá de esta última fecha, aunque Russell lo hace sólo por mor de la coherencia y de atar cabos. Dos aspectos de la personalidad del príncipe se resaltan en la obra: su afán (anacrónico) de *cruzado* en lo que se describe como *obsesión marroquí*; y su papel de promotor de exploraciones y conquistas comerciales en las islas Canarias, las Azores, Madeira, la costa atlántica mauritana, Senegambia y las islas de Cabo Verde. A ello se une el estudio minucioso de las *incoherencias* enriqueñas en lo que toca a compaginar la cruzada religiosa-difusión de la fe-conversión de paganos y los aspectos crematísticos de sus aventuras, todo ello estudiado desde la época misma, intentando comprender la personalidad de Enrique desde su época y alejándose de críticas absurdamente anacrónicas.

La primera fecha central en el estudio de la vida de Enrique es la de la *tomada de Ceuta*, 1415. A ella se llega después de un sabio análisis del origen anglo-portugués del príncipe y de un estudio de las figuras paterna (João I) y materna (Philipa de Lancáster) como cruciales en la formación del príncipe. Si João es el gran héroe de la lucha contra Castilla, Philipa es la figura que une a los hijos de la pareja como prototipo moral, con sus antepasados ingleses como modelos de debeladores cristianos y perfectos caballeros. Religión y caballería son pues, con el modelo idealizante de la Orden de la Gartera y de San Luis, los dos ejes que explican la vida de Enrique el Navegante. Russell irá desbrozando el perfil biográfico del príncipe partiendo del sopesado análisis de varias fuentes históricas: entre ellas destacan las obras de los historiadores Fernão Lopes, Zurara, Rui de Pina, João de Barros, etc., así como los relatos de viajes de Cadamosto y Diogo Gomes y numerosas obras literarias tanto en portugués como en castellano. De ellos se extrae el material básico, completado con el análisis de los muchos documentos de los *Monumenta Henricina*, así como material de primera mano de los archivos de Simancas, Torre do Tombo y las Bibliotecas Nacionales de Lisboa y Madrid. Para Russell la carta astrológica de Enrique, que le señala como futuro “crusader and sponsor of discoveries” es un punto de partida de interés. 1420 es otra fecha de extraordinario interés, pues 25 de mayo de dicho año Enrique fue nombrado administrador general de la Orden de Cristo de Portugal. A lo largo de toda su vida la Orden sirvió como acicate y apoyo del poder enriqueño, así como canal y fuente de recursos económicos para sus viajes de conquista y exploración.

Por lo que toca a la exploración científica y de viajes, Russell quiere combinar lo que para Enrique sería el prurito de conocimiento con intereses más crematísticos: “The lure of new economic opportunities and the augmentation of his personal fame were probably what always drove the Henrican expansion” (82). Russell aborda a continuación el desastre de la expedición contra Gran Canaria de 1424 y la colonización de Madeira comenzada en 1425. A propósito de las aventuras canarias de Enrique, Russell las aborda en su conjunto como fruto de una obsesión del príncipe abocada al desastre desde su comienzo. De interés es indicar que “Henry, neither in his Atlantic islands nor in Guinea, ever showed the slightest sign of wishing to exclude foreigners from participation in his Atlantic enterprises, still less to keep the latter secret. Secrecy was incompatible with the hunger for fame which always drove him” (99). Por supuesto que los únicos que quedaron siempre excluidos del comercio fueron la segunda gran obsesión de Enrique: Castilla y los castellanos.

Sigue Russell estudiando el descubrimiento y colonización de las Azores y las islas de Cabo Verde, así como la insistencia (obsesión más bien) enriqueña en navegar más allá de Cabo

Bojador en lo que sería el descubrimiento de Guinea. Sólo, indica Russell, la llegada de cargamentos de esclavos a Portugal procedentes de ésta comenzó a disminuir las críticas contra la política económica de Enrique en la corte, agria en su contra hasta el momento. Russell indica en este punto que Enrique consiguió con esta nueva aventura crear una alternativa al comercio de las caravanas tras-saharianas. Igualmente, una aguda lectura del *Libro del conocimiento del mundo* castellano y de los mapas de la época lleva al estudioso británico a sostener que Enrique se basó en su lectura y estudio atentos para emprender sus viajes más allá del Cabo Bojador, hasta entonces considerado como el “Cape of No Return” de la navegación atlántica.

El siguiente capítulo analiza con acierto la nueva aventura enriqueña: la conquista de Tánger. Primero Russell aborda las ansias de cruzado del príncipe y la consulta papal a Antonio de Rosellis y Pratovecchio sobre el espinoso asunto de la *guerra justa*. El resultado del *consultum* no podría ser menos favorable para el príncipe, así como muy relevante por lo que supone de antecedente a los grandes debates que seguirían en España a la conquista de América. La debacle de Tánger, verdadero punto negro en las campañas de Enrique, se saldó con la derrota portuguesa y el aprisionamiento (y posterior muerte) de su sobrino don Fernando. Continúa después Russell pasando revista a los viajes de exploración por la costa africana, por los ríos Senegal y Gambia, los contactos con los reyezuelos africanos, el establecimiento de factorías comerciales, el desarrollo de la economía agrícola en las posesiones atlánticas, el desarrollo comercial en las mismas con la participación de aventureros-comerciantes italianos.

Un capítulo aparte merece el estudio de las *Navigazioni* de Cadamosto (Quà da Mosto) (1454-56) y el estudio del tráfico de esclavos a partir de 1444. Russell indica al respecto que “far from opening himself to the charge of hypocrisy, the pious Henry could fairly claim that, as he saw it, he was the first secular Christian leader of his time ever to concern himself about the souls rather than simply the bodies of slaves from across the waters.” Russell sitúa el comercio de esclavos que estableció Enrique en el contexto de las caravanas saharianas de esclavos del mundo musulmán o del comercio de esclavos *blancos* del Mediterráneo oriental durante la Edad Media. También se analiza la sociología de la esclavitud, el transporte de esclavos a Portugal y su posterior distribución por la Península Ibérica y Europa. Las *Navigazioni* se estudian como relato de primera mano que arroja luz sobre las prácticas diarias de los exploradores-comerciantes (1454-56) bajo el mando y órdenes de Enrique (que nunca, sin embargo, llegó a abordar un barco para navegar en él por el Atlántico) y el mundo del comercio atlántico en sus primeros momentos de desarrollo. Concluye el libro un estudio de los documentos relacionados con el testamento de Enrique y un somero repaso a las aventuras de comercio portuguesas que esperarían otros hombres y una nueva época.

Difícil resulta resumir en pocas líneas el contenido de *Prince Henry 'the Navigator'. A Life*. Por sus páginas pasan desmenuzadas con atenta lupa miles de referencias procedentes de narraciones históricas, libros de viaje y documentos de archivo de Portugal y España. Por sus páginas se atiende a la explicación de la política ibérica entre 1400-1460. Por ellas se vislumbra el genio de Enrique y la plasmación de una idea que tendría enormes consecuencias para las relaciones Oeste-Este, para el viaje posterior de portugueses a la India, para el transvase del equilibrio comercial europeo del Mediterráneo al Atlántico e Índico y para el casi inminente descubrimiento de América. Todo ello se centra en la figura misteriosa de Enrique el Navegante, cuya vida se mueve por los hilos de la religión y la aventura. Caballero medieval, caballero cristiano, caballero anacrónico incluso para su época, Enrique acierta al ver el futuro de Portugal en el mar y en su salida atlántica. A él están asociados el desarrollo de la flota pesquera

portuguesa, la colonización de Madeira, las Azores, etc., el comienzo del colonialismo europeo, los avances en técnica marítima con sus afamadas carabelas, el comienzo del infame tráfico de esclavos. Todo ello lo estudia Russell poniéndolo en su contexto (de hechos e ideas), sin concesiones fáciles a la idealización de *o navegante* y sin cesiones a críticas ramplonas. Se lanza simplemente a la ingente labor de documentar una vida de difícil matización en los documentos y al intento de comprensión de una figura histórica de proteicas dimensiones en su época y contexto. Como señala James Thomson en su *The Seasons* (citado por Russell), el libro que reseñamos trata de “The Lusitanian prince, who, Heaven-inspired, / To love of useful glory raised mankind / And in unbounded commerce mixed the world.” Russell, eso sí, no puede ocultar a lo largo de las páginas su pasión por el estudio de Enrique y su vida y su aun si cabe mayor interés por llegar a comprender los motivos psicológicos y humanos de su conducta.

Por añadir algo *propria Minerva* a este ingente estudio de Russell, quiero indicar que el celibato y la piedad enriqueñas quizá deban ponerse en relación con el modelo que le inspirara su madre, la inglesa Philipa. Y quizá pueda rastrearse ello en el ejemplo que le ofrecía un canto al celibato, la piedad y el *buen amor* y que está incluido en uno de los libros ingleses que Philipa mandó traducir al portugués, sin duda prueba de lo que la reina lo estimaba: la *Confessio Amantis* de John Gower. El estudio de este libro podrá en un futuro añadir algo al completísimo y exhaustivo de Russell, que, como indica Simon Heffer en *Country Life*, “it is hard to imagine it ever being surpassed.”